

pó la plaza de cadí en Sevilla, en la cual le había sucedido su hijo. Se alababa la honradez y liberalidad del padre, pero el hijo, si bien un gran talento, no fué tan íntegro como aquel y para satisfacer su ambición no reparó en los medios. También se hizo rogar mucho, como mas adelante Schahwar en Córdoba, antes de aceptar la dirección de la república de Sevilla, y solo la aceptó cuando algunos patricios se comprometieron mas ó menos á prestarle su cooperación. Pronto se vió, sin embargo, que el intento del nuevo jefe del Estado no era hacer el papel de Cincinato sino otra cosa muy diferente, y á la verdad la situación de Sevilla era muy distinta de la de Córdoba diez años despues. Los berberiscos no estaban todavía apaciguados en Andalucía y amenazaban ya á Sevilla desde Carmona, lo que sirvió de pretexto al cadí-presidente para crear un ejército; y no faltándole dinero, enganchó bandadas de árabes, berberiscos y cristianos, compró gran número de esclavos, los hizo adiestrar en el servicio de las armas, y para practicarlos en la guerra emprendió expediciones á los territorios limítrofes cercanos. Así poco á poco llegó hasta penetrar muy adentro en los países del Noroeste y mas allá del Guadiana, lo que produjo botín y prisioneros. Estaba todavía ocupado en consolidar su poder cuando en el año 418 (1027) recibió la noticia de que el hamudita Yahya Mo'otali, emir de Málaga y territorios vecinos, que se titulaba califa, marchaba sobre Sevilla con sus aliados los berberiscos de Córdoba para indemnizarse de la pérdida de esta última ciudad. Los sevillanos no podían hacer nada contra tales fuerzas y el cadí prefirió entrar en negociaciones, tanto mas cuanto Yahya no tenía tampoco tan gran número de tropas propias que pudiese mostrarse muy exigente. En efecto, pidió que la ciudad le reconociera por soberano, en cuyo caso se libraria de ver dentro de sus muros á los berberiscos. Como esto nada costaba, la ciudad accedió á ello; quedaba la cuestión de los rehenes que el titulado califa exigiria para formalizar el convenio, y entonces el cadí sin titubear entregó á su propio hijo Abbad al príncipe berberisco. No se sabe cómo este Abbad se salvó cuando mas adelante el hamudita y el cadí riñeron definitivamente; el caso es que Abbad sucedió á su padre. Este, habiendo sacrificado hasta cierto punto á su propio hijo al bien comun, se habia hecho dueño de la situación, y pudo desembarazarse primero de sus colegas y luego de otros personajes notables, ya destituyéndoles, ya desterrándoles sin oposicion seria. Despues de su muerte quedó el poder en manos de sus descendientes, los abbadidas, hasta el derrumbamiento general de la situación á fines del siglo v (x). Bajo el gobierno de esta dinastía, Sevilla oscureció en cortísimo tiempo á la ciudad de Córdoba y ocupó el primer puesto entre las ciudades de la España mahometana. No es esto decir que la política de los abbadidas llevase ventajas á la de los demás Estados mahometanos. A primera vista, podría creerse que el cadí y su hijo y sucesor, Abbad Mótadid, tuvieron alguna idea de una gran alianza de los elementos árabes contra los berberiscos para humillarlos y volver á formar de toda la España un solo imperio único como antes. Esta habria sido en realidad una política grande y la única capaz de robustecer la situación del Islam en frente de los príncipes cristianos; pero examinando las cosas mas de cerca, resulta evidente que el móvil de todos los actos de los abbadidas no fué mas que el pillaje, como en los demás Estados mahometanos. Engrandecer el territorio á costa de los vecinos, á cualquier partido ó nación que pertenecieran, era hasta donde llegaba el cálculo de los abbadidas, y no fué mas léjos. Solo como impulsados por esta tendencia intrigaban ó conquistaban con gran habilidad y aun con deslealtad ya en un lado, ya en otro, correspondiendo en muchos casos el éxito á su deseo. Parecía que

trabajaban en interés general del Islam cuando no comprendían mas interés que el particular suyo ó el de Sevilla. Sin embargo, este interés en lo principal coincidía con el de la civilización hispano-árabe, porque los enemigos principales ó mas temibles de ésta como de Sevilla eran siempre los refractarios berberiscos, sus vecinos. Es indudable que el cadí y sus hijos tuvieron en jaque durante medio siglo á estos enemigos, y lo es también que hicieron de Sevilla un Estado bastante poderoso, centro de las artes y ciencias y de una sociedad refinada; que hermopearon esta capital con sus palacios y jardines; que fomentaron el movimiento industrial y mercantil, y en fin, que hicieron á Sevilla en todos estos conceptos digna sucesora de Córdoba. Todo esto dió á la familia citada grandísima fama entre sus contemporáneos y en las generaciones posteriores; pero si todo esto prueba el talento y energía del cadí y de sus descendientes, no deja de ser también verdad que no trabajaron mas que en favor de su interés particular.

Tan pronto como el cadí se vió dueño absoluto de Sevilla, dió el primer paso en la senda de su política de engrandecimiento, y la continuó con inexorable perseverancia. Obedeciendo sus órdenes, su hijo Ismael, guerrero valiente, en union del aliado de Sevilla, el berberisco Mohammed de Carmona, pasó la frontera occidental del Estado y ocupó y fortificó de nuevo á Beja, destruida por las hordas berberiscas. Con esto los sevillanos ganaron un punto fuerte que les podía servir de base de operaciones entre los territorios de los aftasidas de Badajoz y los pequeños principados de Yelves, Santa María y Mértola, cuyos soberanos se habian repartido entre sí el Mediodía del Portugal de hoy. El aftasida Mozafar envió á toda prisa tropas á Beja y condujo luego personalmente un ejército contra Ismael, que con el suyo recorría el país saqueando lo que encontraba á su paso; el príncipe de Mértola envió á Mozafar refuerzos, pero Ismael derrotó á las fuerzas enemigas unidas é hizo prisionero á Mozafar, que fué conducido á Carmona. Mozafar recobró su libertad en el año 421 (1030) y faltando á la palabra que habia dado y á la paz convenida se vengó arrojándose en 425 (1034) sobre los sevillanos, que Ismael conducía al territorio del reino de Leon, y los derrotó. Desde entonces estuvieron Sevilla y Badajoz en constante guerra; pero el cadí de la primera conservó una gran extensión de territorio con inclusion de Lisboa en el Oeste, que sirvió de base excelente para conquistas posteriores. Por lo pronto no fué posible á los sevillanos avanzar por aquel lado, porque por el lado opuesto amenazaban otra vez los berberiscos, es decir, el califa hamudita de Málaga, Yahya Mo'otali, el cual, habiéndose convencido de que con sus solas fuerzas nada adelantaba, habia trabajado en los últimos años con regular éxito para poner de su lado á los pequeños príncipes berberiscos vecinos, y en 426 (1035) acababa de arrojar de Carmona á Mohammed, el aliado del cadí, y amenazaba á éste desde aquella ciudad tan cercana de Sevilla. Era, pues, de esperar que en breve exigiera del cadí muestras positivas de sumision y vasallaje, porque esta vez, Yahya Mo'otali, aunque Habbus de Granada no acudiera con su contingente, disponia de mayores fuerzas que ocho años antes. En esta situación era preciso buscar aliados, naturalmente entre los adversarios del califa berberisco. Estos eran los cordobeses, tan amenazados desde Carmona como los sevillanos, y los potentados eslavos del Este, cuyos territorios podían ser invadidos con la misma facilidad desde Córdoba que desde Granada. El cadí imaginó, pues, negociar una gran liga entre los Estados árabes y eslavos contra los potentados berberiscos; empresa acertadísima, pero que ofrecia una dificultad, la de la jefatura. Para el cadí era condicion ineludible

que él habia de ser el jefe de la liga, y era indudable que ninguno de los otros príncipes se resignaria á subordinarse á un jefe civil de una república ó municipio, porque esto y no mas venia á ser el cadí. En esta situación se divulgó la noticia de que el piadoso califa omniada Hixam II, que habia desaparecido en la conquista de Córdoba el año 403 (1013) y á quien todos creían muerto, se habia presentado en Calatrava, territorio de Ismael de Toledo, cuya población le habia recibido y reconocido con entusiasmo (1). No cabe duda que esto fué una superchería; el pseudo Hixam era esterero, su nombre verdadero era Yalaf, y se parecia enteramente al califa que habia desaparecido. Los habitantes de Calatrava, que debían de estar muy descontentos de la instalación de los Zun-Nun en el trono de Toledo, suceso que acababa de ocurrir, pretendieron creer en el embuste hasta la llegada de las tropas berberiscas que en número suficiente envió Ismael contra la ciudad. Calatrava no estaba en situación de hacer resistencia; los habitantes aconsejaron al pretendiente que se retirase á otra parte, y se sometieron á su emir. Para el cadí de Sevilla era el pseudo-califa el personaje salvador que le podia sacar de la dificultad respecto de la jefatura de la liga, porque haciéndole jefe nominal, siendo el verdadero el cadí, no se rebajaban los príncipes eslavos y mucho menos Schahwar de Córdoba sometiéndose al que figuraba ser el califa legítimo. Si el farsante se conformaba con ser el maniquí del cadí, podia contar éste con la jefatura de toda la España árabe-eslava. El ex-esterero no tuvo dificultad en acceder á las pretensiones del cadí, porque la esperanza de recibir los honores de califa, de príncipe soberano, de estar alojado en un soberbio palacio y de tener asegurada buena vida mientras viviera le pareció suficiente. El cadí le recibió en apariencia con toda la sumision y veneración debidas á tan elevado y sagrado personaje, al cual toda la población renovó con gran solemnidad el homenaje de costumbre que cincuenta años antes habian prestado sus abuelos al Hixam verdadero cuando era todavía niño. El cadí se encargó con gran seriedad de hacer el papel de ministro principal del pseudo Hixam y envió en nombre del señor de los creyentes, El-Muayad, despachos á «sus queridos y fieles lugartenientes» de Córdoba, Almería, Valencia y Denia, anunciándoles la reaparicion de su soberano legítimo é invitándoles á prestarle su auxilio energético para restablecerle en todos sus derechos. No es de creer que los potentados á los cuales el califa, ó sea el cadí de Sevilla, se dirigió, creyeran en la farsa; pero á la mayor parte de ellos les convenia aparentarlo para oponer un compe-

(1) Aquí he de llamar la atención sobre una dificultad cronológica que parece haber pasado inadvertida para Dozy (*Histoire*, IV, página 22 y nota A, pág. 289). Decidese este autor por el año 426-427 (1035) respecto de la aparición del pseudo Hixam y de la muerte de Yahya el hamudita; pero segun el mismo autor no era entonces Ismael todavía dueño del territorio de Toledo, pues que se apoderó de esta ciudad en el año 427, segun confirma también Ibn Khaldun (ed. Bulak, tomo IV, pág. 161). Verdad es que este último año empezó el 5 de noviembre de 1035, pero también es imposible que hayan podido ocurrir en este solo mes la toma de Toledo por Ismael, su expedición á Calatrava, que confirma Abbad, II, pág. 34, la huida del pseudo Hixam á Sevilla y los sucesos que originaron la muerte de Yahya. Por otra parte es también inverosímil que estos últimos sucesos hayan ocurrido á principios del año 429 (fines de 1037), pues cuando el cadí, despues de la muerte de Yahya, amenazó á Soheir de Almería con la guerra, solicitó éste el auxilio de Habbus de Granada, que segun Dozy (IV, pág. 37) murió en el mes de junio de 1038. Podrían colocarse los sucesos indicados (Dozy, IV, págs. 24 y siguientes) en el espacio de tiempo que media entre noviembre de 1037 y junio de 1038, lo cual me parece también difícil, aunque no tanto como el caso indicado al principio de esta nota. No obstante, no me atrevo á emitir un juicio definitivo y he seguido como siempre á Dozy.

tidor al califa Yahya Mo'otali, reconocido como tal por los Estados vecinos de Málaga y Granada, sobre todo si el pueblo daba fe á la legitimidad del nuevo califa, que representando á la familia omniada tenia mas derecho que el otro á la sumision de los creyentes. Así sucedió, en efecto, en muchas partes, porque, como es sabido, los hombres creen fácilmente lo que halaga sus deseos, y estos eran entonces salir de la cruelísima confusión política y ver restablecido el brillo de la época de grandeza del Islam español, brillo que recordaba el solo nombre de Hixam. Los cordobeses sobre todo creyeron ver ya restaurado en su ciudad el trono de Abderraman III. En fin, la mayor parte de los potentados eslavos, hasta el de Tortosa, juzgaron conveniente á sus intereses seguir la corriente y declararon que serian fieles súbditos del califa; solo Soheir de Almería, amigo de Habbus, emir berberisco de Granada, se negó á reconocer al pretendido Hixam (1035 = 426). Sin embargo, mucha distancia quedaba por recorrer desde el reconocimiento del pseudo califa por estos y otros soberanos hasta su cooperación material para el restablecimiento de su autoridad en toda la España mahometana, y antes de que el cadí pudiera llegar á este punto amenazó derrumbarse toda la armazón de la comedia. El entronizamiento de un califa omniada en Sevilla anulaba de hecho el reconocimiento del califa hamudita Yahya Mo'otali hecho por la misma ciudad ocho años antes. Yahya lo comprendió así, y lleno de ira mandó atacar el territorio de Sevilla desde la cercana Carmona. Yahya, que se hallaba en Carmona, estaba casi siempre ebrio, y sabedores de este vicio los sevillanos, conducidos por Ismael, el hijo del cadí, y por Mohammed, el príncipe de Carmona desposeido, atacaron una noche por sorpresa la ciudad; Yahya, que no estaba entonces muy sereno, salió con poco acompañamiento de Carmona, se arrojó sobre el enemigo, cayó en una emboscada y pereció en ella; y Mohammed en medio de la confusión se apoderó de la ciudad, del harem y del tesoro de Yahya á principios del año 427 (fines de 1035). Cesó naturalmente la guerra desde aquel instante y Sevilla tuvo además la seguridad de que por aquel lado no habia ya que temer en adelante ataque serio alguno, porque si bien sucedió al difunto Yahya su hermano Edris I en Málaga, el primo de éste, Mohammed, hijo de Kásim Ma'amun, se declaró señor independiente (2) en Algeciras y este suceso redujo á los hamuditas berberiscos á la impotencia. Por otra parte, la restauracion de Mohammed en el trono de Carmona preservó á los sevillanos de todo ataque por aquel lado.

Este brillante é inesperado resultado aumentó el afán ambicioso del cadí, el cual se puso á trabajar con ahinco para conseguir que los Estados gobernados por príncipes árabes y eslavos se sometiesen en absoluto á la autoridad de Hixam, ó mejor dicho, á su propia autoridad; pero cuanto mas disminuía el temor de estos príncipes de ser atacados por los berberiscos, menos dispuestos se mostraban á dejarse absorber por Sevilla; y cuando el cadí quiso instalarse con su pseudo califa en el antiguo palacio de los omniadas en Córdoba los patricios de esta ciudad se opusieron rotundamente. No teniendo el cadí fuerzas suficientes para poner sitio á Córdoba, todavía muy poblada, hubo de renunciar aunque de mal grado á su anexión. Por lo demás, los patricios habian comunicado á la población sus sospechas respecto del pseudo califa. No tuvo el cadí mejor éxito en su tentativa para castigar á Soheir de Alme-

(2) Pero hasta el año 440 (1048-1049) no adoptó el título de califa. Véase Abdu'l-Wahid: *History of the Almohades*, edicion Dozy y Yangos.

ría por haberse negado á reconocer al pretendido Hixam y obtener su suision por la fuerza de las armas. Soheir con sus tropas y las de Habbus, de Granada, derrotó á las del cadí, y peores consecuencias habria tenido para Sevilla aquella campaña si no hubiese muerto entonces el emir de Granada y estallado entre su sucesor y Soheir una guerra, en la cual éste perdió la vida, y en cuya consecuencia Abdelaziz de Valencia se posesionó de Almería. Ya dijimos en su lugar que esto originó una guerra entre Abdelaziz y Muschahid de Denia, y la independencia de Almería bajo su nuevo dueño el Benu Somadij, sucesos que cortaron de raíz toda esperanza de una union de los potentados árabes y eslavos. Por tanto, el cadí de Sevilla no tuvo mas remedio que abandonar la España mahometana oriental á sí misma. Para indemnizarse de este fracaso la emprendió contra su aliado Mohammed de Carmona, arrebatándole á Osuna y Ecija con sus comarcas, mientras trabajaba bajo mano para excitar á los granadinos á una revolucion á fin de impedir que el emir Badis socorriera á los berberiscos de Carmona. No fué difícil organizar una conspiracion, porque Badis se habia hecho con su crueldad muchos enemigos, los cuales se proponian poner en su lugar á un primo suyo; mas la conspiracion fué descubierta á tiempo, y mientras Ismael, el hijo del cadí, estaba todavía sitiando á Carmona, llegó Badis en persona con un ejército, y por otro lado llegaron tropas de Edris I de Málaga, cuyo auxilio habia solicitado igualmente Mohammed. Los tres ejércitos se encontraron frente á frente cerca de Ecija; Ismael, seguro de su victoria, cometió una imprudencia que sembró la confusion en sus filas, y para reanimar á su tropa se lanzó á la brecha con su valor habitual, acto que le costó la vida y produjo la completa derrota de los suyos en 431 (1039). El peligro era grande entonces, porque si continuaba la buena inteligencia entre los príncipes berberiscos vencedores, era de prever que marcharian sobre Sevilla; pero no llegó á realizarse este temor; Edris I no sobrevivió á su triunfo de Ecija sino pocos dias, y muerto él, su pequeño Estado, que además de Málaga y su territorio comprendia tambien á Tánger y Ceuta, cayó en la mas completa anarquía. Sucedióle su hijo Yahya, pero Nedscha, el gobernador de Tánger y Ceuta, proclamó sucesor á Hasan, hijo de Yahya Mo'otali, el califa anterior á Edris I. En la guerra entre los dos competidores quedó vencedor Hasan, el cual mandó matar á Yahya; pero cuando apenas habia reinado dos años, murió envenenado por su mujer (1), que era hermana de su difunto rival. Entonces trató Nedscha de sentarse en el trono vacante; pero al cabo de algun tiempo, cuando pensaba haber consolidado su poder, los berberiscos, que no querian ser gobernados por un eslavo, se sublevaron, le mataron y proclamaron en su lugar á Edris II, hermano de Hasan, en calidad de califa en el año 434 (1043). Este príncipe, bondadoso hasta la debilidad, no tuvo el talento de restablecer la autoridad decaída de la dinastía, y dejó hacer á sus vasallos lo que querian; Badis de Granada continuó haciendo orar en las mezquitas de su territorio por su soberano, pero se apoderó de un gran número de castillos situados en el territorio de Málaga sin encontrar resistencia porque el gobierno era completamente nulo. Por fin los berberiscos se cansaron y destronaron á Edris II proclamando

(1) En el año 1041 (432-433) segun Dozy (*Histoire*, IV, pág. 299), y en el año 434 (1042-1043) segun Ibn El-Athir (edicion Tornberg, tomo IX, pág. 197) é Ibn Khaldun (en la obra de Gayangos: *History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, II, pág. 246); en la edicion de Bulak (IV, pág. 155) se coloca la muerte de Hasan en el año 438, cosa á todas luces errónea. La única fecha segura en estos sucesos parece ser la de la muerte de Nedscha, ocurrida, como confirma Ibn Basam, en el año 434 (1043) (Dozy, *Histoire*, IV, pág. 60).

en su lugar á su primo Mohammed en el año 438 (1047). Este les disgustó con su rigor, y entonces muchos vasallos se declararon por el otro Mohammed, que reinaba en Algeciras y que adoptó á su vez el título de califa en 440 (1049). Edris II, despues de algunas vicisitudes, encontró asilo en Ronda, donde reinaba el berberisco Abu Nur; por manera, dice indignado el historiador árabe, que en un giron de territorio de veinte leguas cuadradas hubo cuatro individuos que simultáneamente llevaban el sagrado título de señor de los creyentes, á saber, el seudo Hixam en Sevilla, Edris II en Ronda y los dos Mohammed en Málaga y Algeciras.

Semejante situacion favoreció en gran manera los proyectos de los abbadidas. El fundador de esta dinastía, el cadí Abu'l-Kasim Mohammed, murió el año 433 (1042) y le sucedió su hijo Abbad, el cual gobernó el Estado de Sevilla desde entonces hasta el año 461 (1069). Era hijo digno de su padre, cuya política astuta y á la vez brutal sobrepujó. El año 451 (1059) hizo saber á sus súbditos que el califa (el seudo Hixam) habia fallecido; que antes de morir le habia nombrado emir de toda la España y que en virtud de este nombramiento adoptaba desde entonces el sobrenombre honorífico de El-Motadid. Los historiadores árabes llaman la atencion sobre la singular semejanza que existia entre este conquistador y el califa abasida del mismo nombre; pero eran injustos con este último, pues si bien tenia este conquistador un carácter brutal, era en lo demás persona decente, cuando Abbad fué uno de los hombres mas pérfidos que el mundo ha visto. Para lograr sus propósitos no reparaba en los medios; no haremos hincapié en los arides y traiciones usuales que empleaba en casos de poca importancia; solo diremos que en el año 445 (1053) invitó á su corte en Sevilla á los soberanos de Ronda, Moron y Arcos (Jerez), con los cuales no solamente estaba en paz sino hasta en relaciones amistosas, y hallándose estos con sus séquitos, en junto unas sesenta personas, en la sala de baños, hizo tapiar las puertas y despues entrar en aquel recinto aire caliente hasta dejarlas asfixiadas á todas, hecho lo cual tomó tranquilamente posesion de sus respectivos territorios. Mucho peor era hasta en casos de ninguna importancia cuando le movia su pasion de venganza, pues no olvidaba la menor ofensa y sabia encontrar á su víctima con refinamiento diabólico, como se puede ver en el caso siguiente: Por un motivo que se ignora habia despojado de cuanto poseía á uno de sus súbditos que para mayor desgracia era ciego. El infeliz emprendió la peregrinacion á la Meca, donde se estableció como mendigo junto á la Kaaba y allí contó á todo el mundo su desgracia, maldiciendo á su anterior soberano y su injusticia. Los peregrinos de Sevilla lo contaron á su regreso y finalmente llegó á oídos del emir. Este resolvió vengarse y cuando llegó el tiempo en que los mahometanos españoles solian emprender su viaje á la ciudad santa, hizo llamar á uno de los peregrinos y le entregó una caja cerrada con un regalo para aquel mendigo ciego. Admirado quedó éste al recibir el regalo del que le habia empobrecido y que parecia arrependido y deseoso de indemnizar á su víctima de la pérdida que le habia causado, porque la cajita estaba llena de monedas de oro que el ciego palpó con delicia y agradecimiento; pero las monedas estaban cubiertas de una sustancia ponzoñosa y antes de llegar la noche habia fallecido el ciego.

El mayor recreo del emir era su *jardín*, en el cual servian de tiestos para las flores cráneos de sus enemigos, muy bien rotulados con el nombre de sus poseedores de algun día. Solo los cráneos de príncipes estaban separados de los demás y guardados en un arca. Y sin embargo, esta fiera falaz dirigia á sus amantes, que eran muchas, las poesías mas sentimentales y delicadas. Hacia alarde de ser filántropo y se

interesaba por las artes y ciencias; en una palabra, era otro Neron, solo que este emperador tuvo en su abono hasta cierto punto su demencia, y Abbad Motadid no; pero le igualó tambien en la belleza y fuerza físicas, en los excesos desenfrenados y en la extraordinaria actividad y rara agudeza intelectual. Era tan terrible pero mucho mas peligroso que su contemporáneo el emir Badis de Granada; pero si á éste se podia comparar con un lobo feroz, hay que comparar al emir de Sevilla con la serpiente mas venenosa.

Cuando ambas fieras hubieron extendido sus territorios á costa de los principados menores de sus vecinos, se encontraron fronterizos uno de otro y se hizo inevitable un choque entre los dos. Las primeras hostilidades ocurrieron cuando Abbad Motadid sucedió á su padre; pero mientras los territorios de ambos estuvieron separados por otros, Badis no tomó parte sino accidentalmente en las guerras de los abbadidas con los berberiscos de Carmona. Mientras Abbad, al mismo tiempo que atacó con energía y perseverancia á los de Carmona, que aun despues de la muerte de Mohammed, su soberano, ocurrida en 434 (1043), continuaron valerosamente la resistencia á las órdenes de su hijo y sucesor Isaac, hizo la guerra á los príncipes del Oeste y despues de incorporar á su Estado á Mértola en 436 (1044) guerreó con los soberanos de Niebla y Badajoz.

No es posible entrar aquí en una relacion de todas estas guerras, en las cuales hasta Málaga tomó una vez parte con sus escasas fuerzas, y me limito á decir que, continuadas enérgicamente por Ismael, hijo de Abbad Motadid, é interrumpidas solo pasajeraamente por la mediacion del pacífico Ibn Schahwar de Córdoba, tuvieron por resultado un engrandecimiento considerable del Estado de Sevilla. En el año 443 (1051-1052) fueron conquistados los Estados de Huelva, Niebla y Yelves, y despues del infame asesinato de los príncipes de Ronda, Moron y Arcos, en 445 (1053), lo fueron tambien estos territorios, con tanta mayor facilidad cuanto que los príncipes eran berberiscos, y sus súbditos árabes facilitaron al conquistador la ocupacion. Cuando Badis supo el alevoso asesinato de los citados príncipes, como él berberisco, se llenó de indignacion, tanto mas cuanto que el engrandecimiento del poderío del emir de Sevilla era una seria amenaza contra Granada; y si no ejecutó su horrible propósito de degollar á todos los árabes de su reino en desquite del asesinato de los príncipes berberiscos, fué por la mediacion de su visir judío; pero finalmente hubo guerra entre Granada y Sevilla, que lucharon con feroz saña bien que sin llegar á un resultado decisivo, como lo prueban los sucesos ulteriores; porque algunos años despues fué llamada la atencion de ambos contendientes á otra parte.

La familia hamudita iba declinando entretanto rápidamente; una tentativa de Mohammed de Algeciras para conquistar á Málaga y dar así mas fuerza á su pretension al califato, fracasó completamente en el año 440 (1048 1049); el mismo Mohammed murió en este año, y su hijo Kasim tuvo que contentarse con la soberanía de su pequeño principado. En Málaga reinó el otro Mohammed hasta 444 (1052) ó 445 (1053) y á su muerte estallaron nuevas discordias; su sobrino Edris III no fué reconocido como soberano por los berberiscos, y finalmente los habitantes llamaron otra vez á Edris II, el cual, viéndose obligado por la muerte del príncipe de Ronda á buscar otro asilo, aceptó la invitacion y reinó en Málaga hasta su muerte, que ocurrió en el año 447 (1055), sin haber hecho nada notable, como es de suponer. Sucedióle un hijo de Edris I, llamado Mohammed II; mas entretanto Badis, vasallo nominal de estos califas, comparables en cierto modo á los abasidas del último período de

esta familia, creyó maduro el fruto que desde largo tiempo codiciaba y en 449 (1057) tomó posesion de aquel hermoso país sin encontrar mucha resistencia. Seguramente no se habria contentado con esto si su eterno adversario, el emir de Sevilla, no le hubiera ganado por la mano. En 450 (1058) Abbad El-Motadid envió una expedicion contra Algeciras expulsando á Kasim, con el cual se extinguieron en España los califas y emires hamuditas. Tánger y Ceuta con sus territorios, que antes habian pertenecido á Málaga, quedaron bajo el dominio de su antiguo gobernador el jefe berberisco Sacot, que se hizo soberano independiente; Mohammed II huyó á Almería por no caer en manos de Badis, y de Almería pasó en 456 (1064) á Melilla, en la costa de África, cuyos habitantes le eligieron jefe y le obedecieron hasta que murió, en el año 460 (1068). Kasim, como la mayor parte de los magnates que no querian que sus cráneos pasasen al arca de Abbad Motadid, se retiró á Córdoba. Así los alidas sucumbieron en España como en todos los países mahometanos, bien que tampoco disfrutaron tranquilamente sus despojos aquellos que los habian hundido.

Abbad Motadid estuvo hasta su muerte en guerra con Badis; de buena gana se hubiera apoderado de Málaga, como se habia apoderado de Algeciras, y aun la hizo ocupar por su hijo Mohammed; pero éste era mas literato que activo y sufrió un descalabro grande que le obligó á evacuar la ciudad. Abbad, en cambio, poco antes de morir consiguió un triunfo capital, apoderándose en 459 (1067) de la ambicionada Carmona, pero el destino justo habia encontrado ya el medio de infligir una herida incurable á aquel tirano empedernido: su propio hijo, el bizarro é inteligente Ismael, su mejor general y la columna principal de su imperio, se sublevó contra él. Abbad le perdonó, pero Ismael, que conocia y temia su carácter vengativo y falaz, quiso asegurarse, y apenas perdonado, tramó un atentado contra la vida de su padre, el cual, ardiendo en ira, le dió muerte por su propia mano. Abbad mientras vivió no pudo ni olvidar esta traicion ni consolarse de la pérdida de aquel hijo.

Por el mismo tiempo habíanse marchitado las glorias de Badis. Su eminente ministro, el judío Samuel Ha-Nagid, habia muerto el año 459 (1066) y su hijo José le habia sucedido en el cargo de visir; pero si en talento no cedía á su padre, era escéptico hasta la insolencia y arbitrario hasta lo sumo y murió á las pocas semanas asesinado por los berberiscos, cuyos sentimientos religiosos habia ultrajado cruelmente. Como Badis se hacia cada día mas incapaz á consecuencia del abuso de la bebida, fué decayendo su importancia juntamente con la del país hasta su muerte, en el año 465 (1073). Esto alivió mucho la situacion de Abbad Motadid, pero no dejaron de apesadumbrarle graves temores, cuya causa empezó desde entonces á gravitar sobre toda la España.

Jamás habria tomado el vuelo que tomó el desmembramiento territorial de la España musulmana si los Estados cristianos de la península no hubiesen perdido en la primera mitad del siglo V (X) su fuerza y empuje primitivos en las contiendas entre Leon y Castilla, y despues por las sublevaciones de los grandes contra Fernando I. Toda la actividad ofensiva quedó en aquel período reducida á las expediciones de saqueo que de cuando en cuando se emprendian en territorio mahometano; pero á pesar de ellas habian podido conservar sus territorios no solamente los potentados poderosos, como los Benu Hud de Zaragoza, sino tambien los de menos fuerza, como los Zun-Nun de Toledo y los aftasidas de Badajoz, aunque se veían estos continuamente atacados por los abbadidas de Sevilla. Esta situacion iba entonces á cambiar.